

ETICA DEL DESEO – POLITICA DEL PSICOANALISIS ¹

SILVIA WAINSTEIN

ETICA DEL DESEO.

La seducción atraviesa la vida de quienes somos partícipes, voluntarios o involuntarios, de nuestra época. Lo es, en la medida en que el imperativo actual se dirige hacia el goce, cuyo efecto es el hedonismo, el individualismo, la cosificación, la degradación del saber, la homogeneización, efectos que son atravesados por el fundamentalismo, en cualquiera de los campos mencionados. Manifestaciones actuales despojadas de la función de la ética. Se trata de una nueva moral, impuesta por el poder de los Amos “modernos”. Una moral que imparte los principios del bien y del mal. Su éxito se debe a que las certezas que propagan, ofrecen a los humanos una pacificación temporaria, hasta que irrumpe lo real del malestar.

Lacan, en su escrito *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, expone un reconocimiento explícito de la apertura del deseo a una alteridad de la cual depende el sujeto para su constitución como sujeto deseante. Lo cual va en sentido contrario al postulado del individualismo.

Este conlleva a una deshumanización tal, que su dignidad no tiene cabida. El psicoanálisis funda una nueva ética, ética del deseo donde la falta es su motor.

¹ Presentado en el VIII Congreso Internacional *¿Qué ética para la práctica psicoanalítica en la actualidad?*, *Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano*, Barcelona, 24-27 de mayo de 2023.

Es por el resquicio del deseo que una ética se hace presente, tanto en la intensión como en la extensión, que el psicoanálisis propone y apunta desde la perspectiva de la subversión del sujeto, a ofrecer otros senderos que surcan la vía del deseo.

Lo cual nos conduce, necesariamente, a revisar los fundamentos de una transmisión para dar cuenta de nuestra apuesta al porvenir del psicoanálisis.

Una pregunta que nos interpela a los analistas a cuestionar nuestra incidencia en la cultura que nos habita, cada vez que lo Real irrumpe al modo de un estallido que conmueve nuestros modos de abordar al sujeto, en tanto objeto del psicoanálisis.

No es cualquier sujeto. Es el sujeto del inconsciente, el sujeto del deseo que, alienado en los goces parasitarios, acude –en el mejor de los casos– a un analista cuya función, entre otras, será orientar su destino hacia el horizonte del deseo.

¿Qué ética? Es una pregunta acerca de nuestro desencuentro con lo Real, desde nuestro lugar de analistas.

Los nuevos semblantes que, en ocasiones, nos generan una perplejidad tal, que dibujan otros pliegues en el discurso analizante, nos desafían a los analistas a leer la letra que, sostenida en una transferencia, toca lo real del inconsciente.

El fantasma del sujeto responde a lo que irrumpe de lo Real conmoviendo su estructura, de respuesta al deseo del Otro, a respuesta a la demanda que lo Real le exige. Nuestra intervención será eficaz si las escenas actuales se enlazan a la escena de la vida, de lo vital, sostenidas en algún deseo. No será sin el lugar que le demos al despliegue de la palabra que, gracias al efecto de discurso, podrá recrear la escena, lugar donde el sujeto encuentre su verdad. La pequeña verdad de cada uno, si es escuchada y leída en los decires de los analizantes, será propiciatoria de la construcción de la escena, siempre y cuando no confundamos escena transferencial con el encuadre que en otros tiempos fue obligatorio tener en cuenta.

Las resistencias al psicoanálisis no son sólo de los discursos que, en cada época, emergen cual verdad revelada. Son inherentes a nuestra propia praxis, tanto en la intensión como en la extensión.

Advertidos de un Real que nos interpela cada vez de otro modo, nuestra pregunta es relativa al “Saber hacer ahí”. Siempre y cuando tengamos en cuenta la ética propia y singular que cada analista sostiene y apuesta al sujeto. Su orientación no es sin la función “deseo del analista”.

Hay un rasgo distintivo en lo que concierne a la función “deseo del analista”. Lo subrayo porque atañe a una posición, sin la cual una cura no produce la eficacia de la emergencia del sujeto. Dicha función es solidaria de la ética del psicoanálisis, y su pertinencia resulta en una posición tal que deviene en la praxis de un discurso y que tiene como premisa un horizonte que implica el fin de un análisis. Es una posición que conlleva la responsabilidad en la dirección de una cura: introducir al sujeto en el orden del deseo, que el analizante no ceda ante su deseo y el analista pueda sostener su deseo de analizar.

En *Radiofonía y Televisión*, Lacan nos sorprende cuando dice que el deseo del analista es un deseo decidido, marcando una diferencia tajante con las modalidades del deseo del neurótico, insatisfecho, prevenido, procrastinado. Posiciones asimétricas que vienen a cuento del aforismo “No hay relación sexual”.²

El deseo de analista es un deseo producto de un discurso inaugurado por Freud. Lacan, a los fines de la transmisión de lo Real que se juega en la experiencia del análisis, desarrolla el algebra de los discursos que tematiza en su Seminario *El envés del psicoanálisis* y se manifiesta en el discurso del psicoanalista.

En el dispositivo analítico, el analista dirige la cura situándose en el lugar de *semblant* del objeto que causa el deseo del analizante. Pero es un *semblant* que se distingue porque el objeto *a* se presenta sin la envoltura del fantasma, para hacer posible el alojamiento del plus de goce que aliena al sujeto cuando trastoca el anudamiento de los registros RSI.

La ética del deseo es solidaria del bien decir del sujeto, ya que se instituye en la articulación significativa, a partir de la relación del sujeto con el Otro. Lacan sitúa el deseo del analista como un deseo de la diferencia absoluta ya que un análisis hace pasar por el

² cf. Jacques Lacan. *Psicoanálisis: Radiofonía y televisión*. Barcelona: Anagrama, 1977.

bien decir, la singularidad de los modos de goce de cada sujeto. Subrayo la singularidad en contra punto con los discursos sociales, políticos, bélicos que tienden a la homogeneización a través del pensamiento único, el fundamentalismo que conlleva la obediencia al Amo.

Las tres pasiones señaladas por Lacan, obturan al sujeto del deseo, ya que la prevalencia de los goces que se juega en cada una de ellas es de tal magnitud, que sólo queda el recurso a los dioses oscuros encarnados por figuras cuyo motor es el poder que le otorga el otro del lazo social. Se trata, para el analista, de poder abstenerse de las tres pasiones que menciona Lacan: la del amor, la del odio y la de la ignorancia. Sabemos cómo estas pasiones afectan a los cuerpos y ponen en evidencia la relación de soledad con el goce, apuntando a hacer existir al Otro a costa de la propia vida, en algunos casos.

Entonces, en este contexto ¿qué opción ofrece el psicoanálisis? ¿Cómo incide en la cultura que nos habita y de qué transmisión se trata?

Estas preguntas me remiten a la segunda parte del título de este texto: *Política del psicoanálisis*.

POLÍTICA DEL PSICOANÁLISIS.

El punto de vista que voy a tomar acerca de este título es la cuestión de la transmisión que implica a la política del psicoanálisis.

Lacan, propone en la *Clausura del IX Congreso de la Escuela Freudiana de París* de 1978, algo que nos conmueve a los analistas a salir de las zonas de confort.

“Tal como ahora lo pienso, el psicoanálisis es intransmisible. Es muy molesto. Es muy molesto que cada psicoanalista esté obligado –puesto que

está obligado a ello— a reinventar el psicoanálisis.”³

En esa misma ponencia, nos dice que:

“El sujeto se transmite a sí mismo y sí mismo por el sesgo de sus señales identificatorias.”⁴

Hoy, en esta post pandemia, la pertinencia por la pregunta acerca de la ética, tiene una vigencia de suma importancia. No sólo por los efectos que notamos, sino por los discursos que impregnan al sujeto bajo la forma de certezas que lo alienan en un saber que va contra toda formación y trasmisión, ya que su estilo es el entrenamiento. Para las relaciones íntimas, para los roles paternos, maternos, para las llamadas nuevas identidades sexuales, familiares y la lista es infinita. Y... en algunos casos, para la figura del psicoanalista que, estandarizado por el mimetismo a algún gurú de cada una de las escuelas que abundan por el mundo, degradan el carozo de nuestro oficio a una práctica desvirtuada en su esencia. Si la verdad dice cómo el sujeto responde a lo Real, esta articulación que propone Lacan, zanja la pregunta como así también el cuestionamiento, de poner en duda cuando alguien analiza, se analiza en el entorno de las variantes que cada época nos ofrece. La marca del deseo del Otro permanece inaccesible para el sujeto. Sólo en el transcurso de un análisis se podrán ubicar algunas trazas. Sin embargo, esta marca no es un destino. Un sujeto, a través de un análisis, puede tomar una posición activa frente a esa marca y hacer algo con eso. La causa del deseo como trazo de una huella produce transmisión. Esa marca aporta singularidad y diferencia. Eso, a fin de cuentas, constituye un estilo, esa serie de marcas particulares con que un sujeto transita su vida.

³ Jacques Lacan. Cierre de las jornadas “La transmisión”, *École Freudienne de Paris*, 9 de julio de 1978. —Inédito— Traducción de Carlos Ruiz para la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. ⁴ *Ibidem*.

El sujeto está jugado a esa suerte que supuso la transmisión que recibió de un deseo (el de sus padres), un deseo del cual él es resultado y consecuencia. Cada analista debe reinventar la manera en que el psicoanálisis pueda persistir con sus avances y sus tropiezos. Ese es el compromiso con la causa freudiana.

Y de que se trata la “invención” cuando nos referimos a la transmisión del psicoanálisis, tema que nos reúne en la convergencia de decires que, lejos de apuntar a la homogeneidad de ideas, nos enriquece por sus diferencias. Se relaciona con el saber inconsciente que arroja trozos de real y es responsabilidad de cada analista recogerlos, si puede. La invención es subsidiaria del goce de la lengua, de la mujer barrada, de un saber no-todo, de un saber del inconsciente cuyo hallazgo es el desafío con el que nos encontramos en nuestra práctica cotidiana.

En el psicoanálisis se enseña un saber que intenta no ser enciclopédico y la transmisión es la transmisión de un deseo. Un saber que intenta no ser enciclopédico es un saber atravesado por la falta, por la lógica de la incompletud y no por la erudición acumulativa. Es lo que hace posible que se interrogue lo transmitido. En el mismo acto enseñante hay un ida y vuelta de saber.

¿De qué deseo se trata en la transmisión? Del deseo del enseñante, del deseo del analista, del deseo de aquel que fue mordido por el psicoanálisis.

Para concluir una frase que escribí en la introducción de mi último libro:

“El mejor homenaje que podemos hacer a nuestros maestros del psicoanálisis es transmitir nuestra impronta del legado recibido. Es un modo de pensar la ética de la transmisión, de la cual somos responsables quienes nos reconocemos como analistas.”⁴

⁴ Silvia Wainsztein. *Los tres tiempos del despertar*. Buenos Aires: EFBA, 2021.